

El noviazgo y otros vínculos afectivos de la juventud mexicana en una sociedad con características postmodernas

Dating relationships and other affective linkages in Mexican youth within a society with postmodern characteristics

José Luis Rojas-Solís¹

*Universidad de Salamanca
España*

Alicia Ivet Flores Elvira²

*Universidad Nacional Autónoma de México
México*

Resumen

Este artículo tiene por objetivo abordar someramente algunas metamorfosis de las relaciones de pareja en la juventud mexicana dentro de una sociedad con características posmodernas. Se destaca al noviazgo como el arquetipo de relaciones de pareja sin olvidar otras formas de vinculación que conducen al estudio de nuevas dinámicas relacionales. Se lleva a cabo una serie de matizaciones fundamentadas en estudios científicos nacionales realizados en

1 Doctor en Sexualidad y Relaciones Interpersonales por la Universidad de Salamanca (España). Contacto: luisrojas@usal.es, jlrojasolis@gmail.com

2 Maestra en Terapia Familiar por la Universidad Nacional Autónoma de México. Contacto: aliciaiflorese@yahoo.com.mx

los últimos diez años. Se detallan algunos aspectos en la contextualización evolutiva de estas relaciones de pareja y luego se desarrollan algunas nociones sobre el noviazgo y otros vínculos afectivos de pareja en México. Se resalta la necesidad de incluir la mediación de variables sociales, económicas, culturales y comunicacionales en el entendimiento de la transformación de estos vínculos afectivos. También se aboga por un tratamiento diferenciado de las relaciones de pareja de los jóvenes destacando su naturaleza y características propias. Y se apunta la necesidad de más estudios en aspectos concretos de las relaciones de pareja que vayan más allá de la tradicional vinculación con conductas de riesgo.

Palabras clave: noviazgo, sociedad posmoderna, jóvenes mexicanos, perspectiva de género.

Abstract

This article aims to briefly address some metamorphosis of Mexican youth relationships in a society with postmodern characteristics. It stands engagement as the archetypal relationship without forgetting other forms of linkage that lead us to study new relational dynamics. It performs a number of qualifications grounded in national scientific studies conducted over the past ten years. It details some aspects of evolutionary contextualization of these relationships and then develops some notions about dating and other pair-bonding tendencies in Mexico. It highlights the need to include social, economic, cultural and communicational variables in understanding the transformation of these emotional ties. It also calls for a different treatment of young relationships by highlighting its nature and characteristics. And it points to the need for more studies on specific aspects of relationships that go beyond the traditional association with risk behaviors.

Keywords: dating, postmodern society, Mexican youth, gender.

Introducción

En México existen antecedentes de relaciones afectivas preparatorias al matrimonio desde hace siglos, sin embargo no fue hasta bien entrado el siglo XX que hubo una secularización de los comportamientos amorosos en el noviazgo favoreciendo un discurso alternativo del amor y la sexualidad, ámbitos que hasta entonces eran regulados por la iglesia y el estado. Por lo que “el cortejo y la seducción amorosa en el noviazgo responden a códigos culturales que se inscriben en contextos cada vez más abiertos, filosofías racionalistas y políticas de estado, como el control natal, que confieren otros significados” (Rocha, 1996, p. 137).

Es así como el noviazgo ha experimentado numerosas transformaciones en sus diversas manifestaciones, significados y expectativas. Entre los factores que han intervenido en estas metamorfosis se encuentra el posmodernismo, un concepto tan polisémico que supera la extensión de este artículo. Sin embargo para afectos de nuestro trabajo podemos señalar que se refiere a un tránsito de la vida “sólida” a la “líquida”; la tensión entre un mundo “sólido”, caracterizado por la tradición y la certeza, y el mundo de lo “líquido”, donde lo nuevo y la incertidumbre dominan; un contexto que lo mismo enmarca a instituciones como la familia contemporánea, las identidades o los vínculos interpersonales (Palacio, 2009)³. Es un panorama sociocultural múltiple, contradictorio y sin tendencia unidireccional (Martínez, 2006) donde los estereotipos tradicionales de varón y mujer están sometidos a sucesivas transformaciones perdiendo su carácter de referentes únicos de identificación y construcción para las identidades femeninas y masculinas, y la percepción de lo femenino y lo masculino (Cervantes, 2005a).

Ese mismo proceso es extensible a las instituciones como el matrimonio y las diversas relaciones interpersonales donde la sociedad mexicana no ha sido una excepción, pues los vínculos entre de sus miembros han variado considerablemente tan sólo en la mitad del último siglo. Así, la literatura científica nacional se ha enfocado en el estudio de las relaciones de pareja destacándose la lucha emprendida por las mujeres en la búsqueda y en algunos casos la obtención de igualdad con los hombres con el derivado aumento de conflictos al interior de las díadas (Esteinou, 2009; Tapia, 2005).

Por ello es que basándonos en literatura científica reciente, trataremos de matizar algunos conceptos y factores intervinientes en las relaciones de pareja de nuestros jóvenes que otrora se tenían por estables o inmutables, lo cual sin duda afecta de lleno en el entendimiento de las dinámicas relacionales que ellos y ellas construyen. Aunado a lo anterior, el interés por las relaciones de pareja en adolescentes y jóvenes ha sido hasta ahora considerablemente menor. Quizás debido a supuestos erróneos como que las relaciones en estas etapas son triviales y transitorias, asociando su importancia únicamente a problemas de conducta o adaptación (Collins, 2003) o porque se asume implícitamente que carecen de naturaleza y características propias que puedan distinguirlas de las parejas en edades adultas.

A estos factores, debemos añadir el contexto que circunscribe y que complica sobremanera el entramado donde nuestros jóvenes desarrollan sus relaciones afectivas. Un contexto complejo, desigual y heterogéneo dentro de un México con zonas urbanas y rurales, con ámbitos socioeco-

³ Remitimos al lector interesado en profundizar el tema de la posmodernidad, a la lectura de Bauman (1996) y de Daros y Tavella (2002).

nómicos tan disímiles entre sí y con características propias de sociedades tradicionales, modernas y posmodernas. Lo anterior, sin olvidar el papel de los medios de comunicación y la tecnología que han contribuido a acelerar la transformación de las relaciones interpersonales en gran parte de las sociedades del planeta.

Adolescencia y adultez emergente

La adolescencia podría caracterizarse por los “significativos cambios biológicos, por una posición social intermedia entre el niño y el adulto, en cuanto a estatus social, ya que el adolescente continúa siendo un escolar, depende económicamente de sus padres, pero posee potencialidades psíquicas y físicas muy semejantes a las de los adultos” (Dominguez, 2008, p. 74). Es un periodo crucial en el desarrollo psicosexual y en la identidad social y personal de los seres humanos, una etapa donde se aprenden o inician una gran variedad de comportamientos que pueden condicionar la vida adulta de las personas (Fuertes, Ramos y Fernández-Fuertes, 2007).

Sin embargo, las etapas en el ciclo vital humano responden más a construcciones sociales que a realidades objetivas; a ideas basadas en percepciones más o menos compartidas por los miembros de la comunidad científica. Por tanto, los significados y atribuciones sobre la infancia, la adolescencia o la adultez han dependido de contextos espacio-temporales (Stassen y Thompson, 1997) y adscripciones culturales señaladas a través de acontecimientos biológicos, psicológicos y sociales en las personas inscritas en contextos determinados (Warner y Willis, 2005).

Por ello quizá más que de adolescencia sería conveniente hablar de adolescentes que difieren entre sí en función de variables como el sexo, edad, carácter, ambiente económico, familiar o social (Castillo, 2003). En ese sentido puede entenderse cómo los rangos de edad en que se colocaba esta etapa han variado considerablemente, de tal forma que podrían ocupar un espacio entre los 11 y 25 años (Burton, Halpern-Felsher, Rankin, Rehm & Humphreys, 2011), con algunas consecuencias adyacentes como la “juvenilización” de diversas sociedades donde los “valores adolescentes”, como el narcisismo, el exceso, el espontaneísmo y el exacerbado valor de la juventud (Castillo, 2003) pueden favorecer la existencia de una postadolescencia, adolescencia ampliada o juventud prolongada (Serapio, 2006) que ya no comportan necesariamente las crisis de antaño, sino un estado permanente, un modelo social válido con sus propias preocupaciones y problemas (Di Segni, 2009).

Ahora bien, en diversas obras de psicología evolutiva parece haber un cierto acuerdo en que la adolescencia se subdivide en tres etapas: 1) adolescencia inicial, temprana o pubertad, referida más a los cambios en el plano biológico que rompen con la infancia y sus efectos en la psicología del púber; 2) adolescencia propiamente dicha o adolescencia media, de difícil caracterización universal, ya no se hace tanta referencia a lo físico sino a lo mental donde el pensamiento reflexivo ocupa un lugar central así como el deseo de autonomía; y 3) la adolescencia tardía, final, superior o juvenil, que supone el paso de la autoafirmación del yo frente a la autoridad paterna a la afirmación positiva de sí mismo; se realiza no contra los otros, sino con los otros (Castillo, 2003).

Esa prolongación de la adolescencia ha conducido a que las vivencias de los jóvenes no se identifiquen con la adolescencia, pero tampoco con la adultez; debido, según Tanner y Arnett (2009), a tres factores: 1) la transición de una sociedad industrial a una basada en la información que requiere, entre otras cosas, un mayor número de años de estudio; 2) en el caso específico de las mujeres, a que se tienen más oportunidades académicas y laborales, lo que favorece la postergación del matrimonio y la maternidad en aras de una mejor educación, desarrollo profesional y más oportunidades laborales; 3) la tolerancia social de una intensa vida sexual de los y las jóvenes antes del matrimonio.

Se trata de un periodo denominado adultez emergente donde los jóvenes se encuentran desarrollando habilidades, capacidades y competencias que los distinguen de los adolescentes, pero aún no los caracterizan plenamente como adultos (Arnett, 1998). Sin embargo su delimitación etaria no es unánime y ha conducido a que en algunas investigaciones se le ubique entre los 17 y 26 años (Rivera, Cruz y Muñoz, 2011) e incluso entre los 19 y 30 años (Banderas, Martínez y Romo, 2010).

El concepto de adultez emergente, que surge del contexto sociocultural norteamericano, puede referirse a “determinados sectores de la población con posibilidades económicas de postergar con comodidad la vida adulta; no mayoritarios en ningún país” (Fierro, 2009, p. 264). No obstante parece que el número de adultos emergentes es bajo, pero creciente en varios países en vías de desarrollo (Arnett, 2011).

Por último, es preciso aclarar que al margen del concepto de adultez emergente existen otros conceptos para referirse al periodo subsiguiente a la adolescencia tardía, por ejemplo la adultez joven. En ese sentido Marzana, Pérez-Acosta, Marta y González (2010) nos recuerdan que la edad de un adulto emergente correspondería de 18 a 25 años, mientras que para un adulto joven de 20 a 29 años. Sin embargo, la variación no solo tiene que ver

con franja de edades pues, según los autores mencionados, hay cuestiones teóricas de por medio entre la propuesta de Arnett (1998), sobre la adultez emergente y otras propuestas como la del desarrollo psicosocial de Erikson (1968), quien no especificaba períodos de edad. La propuesta de Kenneth Keniston (1971), con su teoría de la juventud, que incluía una fase entre adolescencia y adultez, con una permanente experimentación de roles y caracterizada por una tensión entre el self y la sociedad. O la propuesta de Daniel Levinson (1978), quien demarcaba una etapa de 17 a 33 años denominada fase novicia del desarrollo, cuyo objetivo sería la transición al mundo adulto y la construcción de una estructura estable de vida. Por lo anterior y para los objetivos de nuestro trabajo, utilizaremos el concepto de adultez emergente.⁴

Concepto y funciones del noviazgo

El noviazgo es “una relación diádica que involucra interacción social y actividades conjuntas con la implícita o explícita intención de continuar la relación hasta que una de las partes la termine o se establezca otro tipo de relación como la cohabitación o matrimonio” (Straus, 2004, p.792).

A diferencia de relaciones de convivencia como el matrimonio o concubinato, el noviazgo no es un estado civil siendo una de sus principales características el contar con cierto grado de libertad en el compromiso (López, 2011). En ese contexto el noviazgo representa una oportunidad de conocer a la otra persona y reafirmar la propia identidad y autoestima así como la satisfacción de diversas funciones socio-afectivas como conocerse, pasarla bien, disfrutar, impresionar a los amigos, reafirmar la identidad femenina o masculina, explorar o reforzar la preferencia sexual, enamorarse, platicar, compartir alegrías y sufrimientos. Sin embargo parece satisfacer necesidades distintas en hombres y mujeres; por ejemplo, para las chicas representa romanticismo, afecto, autoestima o autoconocimiento (Sedikides, Oliver & Campbell, 1994); mientras que en los chicos significa gratificación sexual (Sedikides, et al., 1994) o aprobación social de su masculinidad (Villaseñor-Farías, 2005).

Sus funciones también están muy relacionadas con aspectos evolutivos de los miembros de la díada pues a medida que los adolescentes crecen las funciones del noviazgo se modifican y, en dado caso, se amplían (Zimmer-Gembeck, Siebenbruner y Collins, 2001; Morales y Díaz, 2013). Por este motivo, las relaciones románticas al principio son cortas y pueden proveer intimidad, recreación o estatus (Massa, Pat, Keb, Canto y Chan, 2011), pero

⁴ Remitimos al autor interesado en profundizar el tema de la adultez joven y emergente, a la lectura de Erik Arnett (1998), Erikson (1968), Kenneth Keniston (1971) y Daniel Levinson (1978).

la satisfacción de necesidades emocionales, y no sólo sexuales, hace que las relaciones se prolonguen.

Esa búsqueda de estabilización y compromiso en las parejas ocurriría al final de la adolescencia y continuaría en la adultez emergente donde la estabilización de una relación de pareja se vuelve factor importante para consolidar la propia identidad al desarrollar responsabilidad, compromiso y una mayor capacidad de amar a otro (Contreras, Guzmán, Alfaro y Jiménez, 2011). Así, en un contexto universitario, por ejemplo, el estatus cedería importancia a favor de la intimidad, recreación, socialización o compañía (Zimmer-Gembeck, 2002). Esa relación más seria y estable se suele vincular con mayor edad, intimidad y un contexto de seguridad y apoyo, pero también con la posibilidad de un mayor número de conflictos, comportamientos agresivos y dinámicas relacionales basadas en el dominio (Sánchez, Ortega, Ortega y Viejo, 2008).

Debido a los numerosos cambios que ha supuesto la sociedad posmoderna para muchos jóvenes el término noviazgo podría carecer de sentido y el concepto tradicional, podría parecer irrelevante (Glass, Fredland, Campbell, Yonas, Sharps y Kub, 2003). Esa diversificación de su significado quizá se ha debido a la influencia de medios masivos de comunicación con mensajes sobre el fin del romance y del noviazgo a favor de relaciones casuales, carentes de sentimientos de intimidad o compromiso (Giordano, Longmore y Manning, 2006), facilitando con ello que el noviazgo haya dejado de ser el único contexto donde antaño se iniciaba o mantenía la actividad sexual (Furman & Shaffer, 2011). En el caso de México la actividad sexual tendía a iniciarse en el matrimonio y no el noviazgo, situación que duró hasta que el proceso de secularización que buscaba separar la sexualidad de la reproducción se afianzó a partir de la segunda mitad del siglo pasado, concretamente entre la década de los sesenta y setenta (Rocha, 1996).

Las relaciones de pareja de jóvenes en el México contemporáneo

Las relaciones de pareja de los jóvenes mexicanos se inscriben en un entorno con algunas transformaciones propias de sociedades posmodernas con una serie de cambios que han ocurrido –y siguen ocurriendo– en los ámbitos económico, demográfico, social y cultural que entre otras cosas ha conducido a una flexibilización en la estructuración rígida de los roles dentro de un proceso de redefinición y negociación de los mismos. Cambios que no siempre se realizan de manera radical, sino bajo la forma de deslizamientos y que han afectado a la familia nuclear y la pareja heterosexual en general, destacándose un compañerismo más cercano en términos sociales

y emocionales donde este tipo de intimidad da mayor importancia a la relación sexual. Pero también crecientes conflictos por la negociación que se da entre sus miembros en diversos aspectos como los de roles en la vida de pareja (Esteinou, 2009).

Ese contexto de numerosos cambios también ha influido en la formación, vivencia o disolución de las relaciones de pareja de la juventud mexicana.

Variables como la edad, las creencias religiosas de los miembros de la pareja, la mayor o menor urbanización donde se resida o la mayor o menor tradición o modernidad que enmarque al noviazgo, hacen que lo que se entiende hoy por tal vínculo difiera de lo que se concebía hace tan sólo algunas décadas, e incluso años, en México.

Desigualdad socioeconómica, ruralidad, adolescencia y noviazgo

Las relaciones de pareja en jóvenes mexicanos han sido abordadas en diversas investigaciones enfocadas en las grandes urbes y en aspectos concretos como consumo de alcohol, conductas sexuales de riesgo, roles de género o violencia, debido sobre todo a los grandes cambios sociales allí experimentados. Sin embargo, es preciso realizar algunas apreciaciones previas al respecto ya que si de algo podemos estar seguros es que nuestro país está caracterizado por grandes contrastes sociales y económicos que no podemos soslayar.

Por ejemplo, en algunos sectores marginados el ciclo de vida puede ser más corto ya que la niñez finaliza en torno a los 11 años y lo que sería la adolescencia terminaría a los 14 o 15 años cuando se deja la escuela, comienza la vida laboral (Stern, 2007) o se inicia el matrimonio. Es en estos contextos donde los problemas de pobreza, marginación, analfabetismo y migración acentuados pueden favorecer que la adolescencia como etapa cultural sea casi inexistente y su presencia se vea más bien resaltada por los cambios corporales que además pueden ser vividos de manera muy distinta por hombres y mujeres y a menudo de forma más reservada que en los ámbitos urbanos (Díaz, 2006).

Por otro lado, en contextos rurales no se puede asegurar que la adolescencia o el noviazgo se entiendan de la misma forma que en el ámbito urbano o la literatura anglosajona, ya que hasta hace poco el objetivo de cualquier relación era básicamente el matrimonio y con ello la toma de responsabilidades; sin olvidar matices regionales, como la migración, que han influido en la metamorfosis del significado y vivencia de los noviazgos rurales (Mummert,

1993). A pesar de ello, parece que está en marcha una serie de procesos de afirmación de la individualidad de los jóvenes y como sujetos que toman decisiones, de tal forma que las diferencias de conductas y expectativas de los jóvenes urbanos y rurales, al menos en estos aspectos, se han estado acortando (Rodríguez y De Keijzer, 2002, citados por González, 2002).

En ese sentido, las actitudes tradicionales y modernas hacia vínculos otrora considerados permanentes como el matrimonio muestran una variación a nivel nacional. De este modo, en muchos lugares de provincia, aunque debilitadas, todavía pueden persistir las actitudes tradicionales ante el matrimonio si se comparan con grandes ciudades como el Distrito Federal (García y Reyes, 2009). Estos cambios hacia la modernidad y la individuación en las relaciones interpersonales ejercen mayor influencia en los jóvenes en detrimento de los modelos tradicionales de interacción (García y Reyes, 2009; Mendoza y Palma, 2004).

Hechas estas apreciaciones, abordaremos algunas generalidades pertenecientes sobre todo a contextos más urbanos y, por ende, con mayor influencia posmoderna.

La diversificación de los vínculos afectivos

Mientras el inicio de las experiencias de noviazgo en otros contextos como el anglosajón se sitúa en la etapa de la educación media (Gover, 2004), en México los noviazgos se pueden iniciar mucho antes de los quince años de edad (Mendoza y Palma, 2004). Esto no es algo baladí ya que ha originado una gran variedad relaciones afectivas sin fines matrimoniales que varían, según los grados de mutuo involucramiento y formalidad, en su concepto, significado y función social, que además se reconstruyen día con día.

Aunado a ello, hace más de una década que Guevara (2001) llamó la atención sobre las grandes contradicciones que vivían los y las jóvenes mexicanos cuyo nacimiento coincidió con el auge de las políticas regulatorias de la fecundidad. Esto representó la posibilidad de separar la sexualidad erótica de la reproductiva, fortaleciendo así la autonomía de los individuos sobre asuntos que antes eran propiedad de la Iglesia o el Estado. En su investigación halló que en la formación de parejas la libertad y la autonomía de los individuos destacaron como ejes centrales. En otras palabras, la formación y mantenimiento de la pareja se ha convertido en un proyecto común, abierto a negociaciones que dependería de valores como el respeto, la reciprocidad, la confianza y la comunicación y no tanto de un pacto vitalicio.

Así, podemos encontrar diferentes términos empleados para describir relaciones informales con gran carga afectivo-sexual que ocurren de manera espontánea, no planeada, llamadas “frees” o “amigovios” (Vizzuetth, García y Guzmán, 2010). Así como otros vínculos a los que se le pueden denominar “salir”, “andar”, “novios formales”, “de forajido” (sin permiso), “de manitas calientes” (sin caricias íntimas o relaciones sexuales), “amantes”, “calientes” (con caricias íntimas y/o relaciones sexuales), diversificaciones que también pueden depender de cuestiones de género, por ejemplo las chicas suelen nombrar la relación como “ser novios”; mientras los chicos, hablan de “ser amigos”, o “andar juntos” (Villaseñor-Farías, 2005).

Algunas modificaciones en el proceso de formación del noviazgo

Como es de suponerse, en este contexto de grandes cambios, el amor ya no es necesariamente el elemento fundador en el noviazgo de los jóvenes (Castro y Casique, 2010). Sentimientos menos intensos, como la simpatía, pueden posibilitar vínculos sin deseo de exclusividad o compromiso, originan diferentes tipos de relaciones de pareja como la de los mencionados “amigovios”, “frees” o “cholocates” (Weiss, 2012); donde se evita el término de “novios” quizá precisamente para alejarse de connotaciones de formalidad, estabilidad, compromiso u obsolescencia.

Ello no obsta para que los noviazgos y relaciones de pareja “seria” o “formal” puedan contener ciertas características como la exclusividad, continuidad, duración y estabilidad (Romo, 2008).

Por otro lado, los rituales sociales en torno al noviazgo también se han modificado de tal manera que las iniciativas, prerrogativas y obligaciones de los hombres ahora también pueden ser compartidas por algunas mujeres. En ese contexto, por ejemplo, el noviazgo ha ido perdiendo el carácter de prueba y preparación para el matrimonio, al menos como su único objetivo ya que está sujeto a una posible disolución dejando de lado lo que otrora era su esencia y misión (López, 2011).

Por último, otra cuestión no menos importante es que la formación y mantenimiento de los noviazgos frecuentemente se realiza dentro de un contexto de pares, implicando la existencia del factor de las presiones para formar la pareja e incluso permanecer unidos sin importar la atracción de sus miembros (Castro y Casique, 2010).

La presencia de roles y estereotipos de género

Es inevitable recurrir a cuestiones de género cuando en algunas investigaciones observamos que las mujeres toman más en cuenta cuestiones como la forma en que son tratadas y otros factores emocionales, en tanto que los hombres priorizan el aspecto físico (Valladares y Crisanty, 2002). Años después encontramos la confirmación de que el atractivo físico y los aspectos comunicacionales parecen seguir siendo factores claves para el inicio y mantenimiento de una relación amorosa (Bustos, 2009).

En ese sentido, la vinculación entre la adscripción a roles de género tradicionales y contextos sociales desfavorecidos ha sido frecuente. Así, por ejemplo Díaz (2006) a través de un estudio con adolescentes provenientes de una región muy pobre del Estado de México ratificó que hombres y mujeres viven y entienden de manera diferente los noviazgos por lo que hay un gran peso del “código masculino” y reparto tradicional de roles por géneros.

Sin embargo, podemos complicar un poco más las cosas si a las diferencias entre hombres y mujeres sumamos variables socioeconómicas. En ese tenor Stern (2007) realizó una interesante investigación con jóvenes de tres contextos socioculturales: un sector marginal urbano de la ciudad de México, un sector popular en Matamoros, Tamaulipas; y un sector de clase media alta de la ciudad de México. En el sector marginal-urbano los estereotipos de masculinidad y feminidad fueron rígidos y tradicionales en cuanto al reparto de roles en la expectativa, formación y vivencia de la vida en pareja. Mientras que en el sector popular-urbano pueden persistir estereotipos de masculinidad y feminidad, pero se observan otras variaciones por ejemplo los espacios públicos para socializar con el sexo opuesto son distintos, los encuentros heterosexuales en las “discos” son conocidos como “frees”, relaciones sin compromiso de ninguna de las partes que funcionan como prácticas informales de socialización sexual.

En el sector de clase media alta, el periodo de adolescencia es muy reconocido y va de los 13 a los 19 años, aunque en realidad la mayoría de los jóvenes permanecen y dependen económicamente de sus familias de origen hasta que se casan. En cuanto a las relaciones afectivas y sexuales pueden encontrarse tanto el noviazgo tradicional como los “frees”. Las parejas normalmente se forman dentro de los círculos de amigos y conocidos dentro de un contexto de grandes posibilidades de interacción por los recursos que se suelen tener. Es destacable que, a diferencia de otros sectores sociales, la mujer se puede percibir a sí misma como un “sujeto deseante” (Stern, 2007, p. 120). Así, la feminidad se encuentra en medio de la lucha de un modelo tradicional y moderno, por lo que paradójicamente ser mujer en este sector resulta más conflictivo al tener más opciones y mayores oportunidades de concretar cualquiera de los

modelos; mientras que la masculinidad en este ámbito tiene que ver más con la posesión y ostentación de objetos, que con la virilidad, por ejemplo.

Es así como considerando la compleja trama de aspectos socioculturales que rodean a hombres y mujeres podemos acercarnos a sus relaciones desde un punto de vista inclusivo de género, es decir, sin reduccionismos o simplismos sobre la condición de ambos. En ese tenor, en el trabajo llevado a cabo por Bustos (2009) al indagar la génesis de las relaciones amorosas con jóvenes de 15 y 18 años de edad, descubrió cómo los y las adolescentes equiparan una relación amorosa con noviazgo, donde la pervivencia de estereotipos y roles de género siguen conservando un gran peso, pero con algunos matices. Por ejemplo, mientras los hombres recurren a muchas costumbres machistas, las mujeres no sólo las aceptan sino que incluso han encontrado la forma de aprovechar ese sistema de dominación para convertir los privilegios de ellos en obligaciones hacia ellas. De esta forma, en la génesis de las relaciones amorosas la responsabilidad de “declararse” recae como obligación de los hombres así como la de ser proveedores de servicios y comodidades durante la relación.

Sin duda un polémico hallazgo que sugiere un cierto *impasse* entre tradición y modernidad no sólo en adolescentes sino también en jóvenes universitarios, como también corroboraron García, Del Castillo y Guzmán (2010) donde tanto hombres como mujeres definieron los roles dentro de sus citas de noviazgo según roles tradicionales de género. Por su parte, Cervantes (2005b) halló una gran presencia de estereotipos de género en ambos sexos para la idealización, formación y preservación de la relación de pareja: ellas buscan amor y honestidad en un hombre; ellos, que la mujer sea esbelta y moderna. Para obtenerlo, entre otras cosas, ellas optan por esperar y ellos por decir “mentiras piadosas”, observándose un contraste entre lo ideal y el comportamiento real, un marco contradictorio que envuelve a la formación y significado de las relaciones de pareja en esta muestra mexicana.

Cambios en la vivencia de la sexualidad

En primer término es necesario destacar la disminución del matrimonio o convivencia permanente como objetivo final del noviazgo propiciando una de las principales características que diferencian los noviazgos actuales de los de hace unas décadas: la mayor inclusión de las relaciones sexuales como parte del noviazgo (Castro y Casique, 2010). Este inicio de la vida sexual no sólo es cada vez más temprano, como ya había sido advertido hace más de diez años en muestras de adolescentes mexicanos (Fleiz-Bautista et al., 1999), sino que a veces se presenta a la par de conductas sexuales de riesgo conforme aumenta la edad (Hernández y Cruz, 2008).

Sin embargo, parece que la concepción de las relaciones amorosas se comienza a perfilar con el mismo sentido de cualquier producto comercial: obtención rápida, consumo inmediato y satisfacción instantánea (Bustos, 2009) confundiendo a veces contextos, relaciones y objetivos.

Así lo demuestran algunos estudios como el de Romo (2008) donde sus entrevistados no descartan tener algo “informal” relacionado con la sexualidad y el contacto físico, como los besos y los “fajes”, desde un enfoque basado en lo que ofrece la relación. Es decir aquellos que buscan una pareja para pasarla bien, por el bienestar que les brinda, para huir del aburrimiento o como preparación para el matrimonio. O en una investigación más reciente como la de Vizzuetth et al. (2010) donde sus participantes indicaron buscar relaciones que no estén basadas en el compromiso, sin tener una idea clara de qué tipo de relación tienen y, por lo tanto, esperando casi las mismas cosas de cualquiera de ellas, llámese noviazgo, free o amigovios. Curiosamente los jóvenes visualizan los aspectos eróticos dentro de relaciones informales mientras que la formalidad del noviazgo se caracterizaría por respeto, amor, comprensión y honestidad.

Comentarios finales

Una de las características más importantes en la transición a la adultez en México es la heterogeneidad en las trayectorias, tiempos, vivencias y significados otorgados al proceso de mayor autonomía, participación social, responsabilidades, logro de mejores condiciones de vida o el ejercicio de derechos ciudadanos fundamentales (Mora y De Oliveira, 2009). Aunado a ello, en el condicionamiento de las trayectorias vitales individuales y la diversificación de los proyectos de vida es necesario considerar las desigualdades sociales y de género (De Oliveira y Mora, 2008).

Entre otras cosas esto se traduce en que algunas características de la sociedad posmoderna brillen por su ausencia en regiones muy pobres de nuestro país (Rivermar, 2012). Esto implicaría a su vez tener cuidado con la gran diversidad de contextos que enmarcan a nuestros jóvenes y sus relaciones de pareja, que pueden dificultar hablar de cuestiones asumidas por todos como adolescencia, noviazgo o posmodernismo, al mismo tiempo que en otros contextos de nuestro país efectivamente se pueda hablar de adultez emergente.

Después de numerosas transformaciones, en sociedades occidentales cabría esperar que la gran influencia de aspectos de género en la formación y desarrollo de los noviazgos haya declinado gradualmente. Sin embargo la separación de la mayor vivencia de experiencias sexuales dentro o fuera del

noviazgo no nos permite afirmar que la influencia de los roles y prescripciones de género asociadas a cada sexo y su estrecha relación con las expectativas en los noviazgos parece seguir presente. Un ejemplo de ello es que las características de los noviazgos han cambiado en cuestiones formales como la duración o la forma de iniciarlos, pero las creencias, expectativas y comportamientos de los miembros de la pareja parecen seguir impregnados por roles tradicionales de género (Bustos, 2009; García et al., 2010).

Una fortaleza de los estudios realizados en México es que suelen incluir a hombres y mujeres. Y es que aunque parezca de sentido común, cuando se ha estudiado el noviazgo muchas veces no se toma en cuenta el significado que hombres y mujeres otorgan a comportamientos dentro del contexto de la relación para entender mejor los procesos y dinámicas relacionales (Giordano, Manning y Longmore, 2010). Algunas investigaciones desde una perspectiva de género se han acercado sólo al punto de vista femenino omitiendo el masculino, sesgando así el conocimiento obtenido.

En ese sentido la investigación occidental sobre noviazgos, en la que México no es una excepción, se ha centrado mayoritariamente en relaciones heterosexuales limitando el conocimiento sobre los noviazgos, frees y otros tipos de interacción homosexuales o bisexuales y el impacto que estas relaciones tienen en el desarrollo de los jóvenes y adolescentes (Furman & Shaffer, 2003), por lo que aún queda mucho por hacer al respecto en nuestro país.

Por otra parte, la migración y los medios electrónicos pueden estar influyendo en la aceleración y profundización en la serie de cambios en las identidades y relaciones de pareja de la juventud. De tal forma que aun perteneciendo a ambientes tradicionales los y las jóvenes pueden convivir con ideas, creencias, modelos de conducta y pareja pertenecientes a sociedades posmodernas que los pueden situar en un impasse que sería digno de analizar para conocer mejor los elementos transversales y diferenciadores entre sus diversas formas de relación de pareja.

Considerando la heterogeneidad que caracteriza a los contextos mexicanos, sería muy conveniente seguir investigando sobre la influencia de variables sociales, económicas y culturales en el estudio de los fundamentos y objetivos de la relación, las dinámicas de poder, el reparto de roles, identidades de género o temáticas de gran importancia para la salud pública como la violencia o conductas sexuales de riesgo, cuestiones que a la luz de numerosas transformaciones socioculturales y aspectos de género no permanecen inmóviles, inmutables o incuestionables (Rojas-Solís, 2011).

Concretando un poco más, entre otras líneas de investigación que quedan por abrir o seguir profundizando y siguiendo algunos ejemplos de lo

realizado en otros contextos (Rodríguez-Brioso, 2004), sería conveniente seguir conociendo más sobre lo que ellos y ellas entienden por una relación de pareja; conocer más sobre el proceso de formación de sus relaciones de pareja, cómo se conocen, quién es quien toma la iniciativa, las estrategias de seducción y el proceso de enamoramiento así como las cualidades que influyeron para iniciar su relación. Cómo conciben la convivencia parcial o total y bajo qué condiciones, por mencionar un ejemplo aquellas parejas “living apart togheter”, cuya traducción más recurrente en México, según García y Martínez (2010, p. 56), ha sido la de “parejas sin domesticidad común”; es decir a diferencia del matrimonio o la cohabitación “hay dos viviendas y cada uno reside en su casa con visitas del otro miembro” (p. 56).

Asimismo, hace falta explorar cómo es el funcionamiento de sus relaciones de pareja, es decir, procesos de toma de decisiones, discusión con la pareja, manejo de conflictos, presencia o ausencia de agresiones, cambios en el rol de agresor, los objetivos o motivos que mantienen la relación y, por ende, los factores de éxito o fracaso en las relaciones de pareja. Por último, pero no por ello menos importante, conocer más sobre la valoración y satisfacción de las relaciones de pareja de adolescentes y jóvenes.

Conclusiones

El objetivo de este trabajo ha sido llamar la atención sobre algunos aspectos de las relaciones de pareja de jóvenes a la luz de algunos estudios recientes en México, enfatizando las nuevas realidades que planeta la posmodernidad en las relaciones interpersonales que requieren algunas matizaciones en su entendimiento. No obstante en México podemos hallar contextos caracterizados por elementos propios de la tradición, modernidad, posmodernidad y otros que están en un aparente impasse, lo que requiere precaución a la hora de generalizar nuestras interpretaciones.

Por otra parte, existe una gran variedad de estudios de las relaciones de pareja de jóvenes basados en una Psicología tradicional, aquella basada en la anormalidad, el déficit y el riesgo. Sin embargo consideramos que las relaciones de pareja de nuestros jóvenes constituyen en sí un objeto de estudio con naturaleza y características propias que merecen un tratamiento desde la Psicología positiva y que vaya más allá de la implementación de teorías y enfoques sobre las relaciones adultas. De esta forma no sólo nos acercaremos a su realidad so pretexto de conductas como el consumo de alcohol, las agresiones o la desigualdad de género.

En ese sentido sería muy pertinente conocer más acerca de las dinámicas relacionales de nuestros jóvenes, los procesos y factores que en ella

intervienen, así como su permanencia o mutación en el devenir del tiempo en aras de obtener mejores resultados en las políticas públicas destinadas a la promoción de relaciones saludables y satisfactorias de nuestros jóvenes así como aquellas políticas cuyo objetivo es la prevención e intervención de dinámicas interaccionales indeseables.

Referencias

1. Arnett, J. J. (1998). Learning to stand alone: The contemporary American transition to adulthood in cultural and historical context. *Human Development*, 41, 295-315.
2. Arnett, J. J. (2011). Emerging adulthood(s): The cultural psychology of a new life stage. En L.A. Jensen (Ed.), *Bridging cultural and developmental psychology: New syntheses in theory, research, and policy* (pp. 255-275). New York: Oxford University Press.
3. Bauman, Z. (1996). Teoría sociológica de laposmodernidad. *Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad*, 2(5). 81-102.
4. Banderas, C. R., Martínez, A. J. y Romo, T. (2010). Prevención integral de consumo de alcohol y drogas en estudiantes universitarios: una propuesta de intervención grupal. *Acta Colombiana de Psicología*, 13(2), 19-33.
5. Burton, C. W., Halpern-Felsher, B., Rankin, S. H., Rehm, R. S. & Humphreys J. C. (2011). Relationships and betrayal among young women: theoretical perspectives on adolescent dating abuse. *Journal of Advanced Nursing*, 67(6), 1393-1405.
6. Bustos, F. (2009). La génesis de las relaciones amorosas. Signos y significados en el cortejo de los estudiantes de bachillerato. *Sociogénesis Revista Electrónica de Sociología*, 1, 1-16.
7. Castillo, G. (2003). *El adolescente y sus retos: la aventura de hacerse mayor*. Madrid: Pirámide.
8. Castro, R. y Casique, I. (2010). *Violencia en el noviazgo entre los jóvenes mexicanos*. Cuernavaca: UNAM, CRIM.
9. Cervantes, E. I. (2005a). La nueva masculinidad, el significado de ser hombre en la posmodernidad. *Uaricha*, 4, 58-60.
10. Cervantes, J. C. (2005b). Relaciones de pareja, matrimonio y amor. *Estudios sobre las familias*, 4, 21-30.
11. Collins, W. A. (2003). More than myth: the developmental significance of romantic relationships during Adolescence. *Journal of Research on Adolescence*, 13, 1-24.
12. Contreras, P., Guzmán, M., Alfaro, C. y Jiménez, P. (2011). Significados asociados a la infidelidad en estudiantes universitarios con estilos de apego seguro e inseguro. *Salud y Sociedad*, 2(1), 10-30.
13. Daros, W. y Tavella, A. M. (2002). *Valores modernos y posmodernos en las expectativas de vida de los jóvenes*. Rosario: Universidad del Centro de Estudios Latinoamericanos.

14. De Oliveira, O. y Mora, M. (2008). Desigualdades sociales y transición a la adultez en el México contemporáneo. *Papeles de Población*, 57, 117-152.
15. Díaz, J. (2006). Identidad, adolescencia y cultura. Jóvenes secundarios en un contexto regional. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 11(29), 431-457.
16. Di Segni, S. (2009). *Adultos en crisis, jóvenes a la deriva*. Madrid: CEP.
17. Domínguez, L. (2008). La adolescencia y la juventud como etapas del desarrollo de la personalidad. Distintas concepciones en torno a la determinación de sus límites y regularidades. *Notas: Boletín Electrónico de Investigación de la Asociación Oaxaqueña de Psicología*, 4(1), 69-76.
18. Erikson, E. (1968). *Identity: youth and crisis*. New York: Norton.
19. Esteinou, M. R. (2009). Las relaciones de pareja en el México moderno. *Revista Casa del Tiempo*, 3(26), 65-75.
20. Fierro, J. D. (2009). *La transición de la adolescencia a la edad adulta teorías y realidades* (Tesis doctoral inédita). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
21. Fleiz-Bautista, C., Villatoro-Velázquez, J., Medina-Mora, M. E., Alcántar-Molina, E. N., Navarro-Guzmán, C. y Blanco-Jaimes, J. (1999). Conducta sexual en los estudiantes de la ciudad de México. *Salud Mental*, 22(4), 14-19.
22. Fuertes, A., Ramos, M. y Fernández-Fuertes, A. (2007). La coerción sexual en las relaciones de los y las adolescentes y jóvenes: naturaleza del problema y estrategias de intervención. *Apuntes de Psicología*, 25(3), 341-356.
23. Furman, W. & Shaffer, L. (2003). The role of romantic relationships in adolescent development. En: P. Florsheim (Ed.), *Adolescent romantic relations and sexual behavior: Theory, research, and practical implications* (pp. 3-22). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
24. Furman, W. & Shaffer, L. (2011). Romantic partners, friends, friends with benefits, and casual acquaintances as sexual partners. *Journal of Sex Research*, 48(6), 554-564. doi:10.1080/00224499.2010.535623
25. Galambos, N. L. & Martínez, M. L. (2007). Poised for emerging adulthood in Latin America: A pleasure for the privileged. *Child Development Perspectives*, 1(2), 109-114.
26. García, M., Del Castillo, A. y Guzmán, R. (2010). Roles de género dentro de las citas de noviazgo: de la tradición a la modernidad (Memoria in extenso). *Revista Mexicana de Psicología, número especial*, 1038-1039.
27. García, M. y Martínez, J. P. (2010). Parejas living apart together (LAT): una aproximación en parejas mexicanas. *Revista de Psicología Social y Personalidad*, 26(1), 49-68.
28. García, M. y Reyes, I. (2009). Actitudes hacia el matrimonio y el divorcio: diferencias por sexo, residencia y estatus de pareja. *Psicología Iberoamericana*, 1(17), 48-56.

29. Giordano, P. C., Longmore, M. A. & Manning, W. D. (2006). Gender and the meanings of adolescent romantic relationships: a focus on boys. *American Sociological Review*, 71, 260-287.
30. Giordano, P. C., Manning, W. D. & Longmore, M. A. (2010). Affairs of the heart: qualities of adolescent romantic relationships and sexual behavior. *Journal of Research on Adolescence*, 20(4), 983-1013.
31. Glass, N., Fredland, N., Campbell, J., Yonas, M., Sharps, P. & Kub, J. (2003). Adolescent dating violence: prevalence, risk factors, health outcomes, and implications for clinical practice. *Journal of Obstetric, Gynecologic and Neonatal Nursing*, 32(2), 227-238.
32. González, S. (2002). Reseña de "La noche se hizo para los hombres. Sexualidad en los procesos de cortejo entre jóvenes campesinos y campesinas" de Gabriela Rodríguez y Benno de Keijzer. *Desacatos*, 9, 188-191.
33. Gover, A. R. (2004). Risky lifestyles and dating violence: A theoretical test of violent victimization. *Journal of Criminal Justice*, 32, 171-180.
34. Guevara, E. (2001). Relaciones amorosas y vida sexual en universitarios. Proyecto de paternidad y unión de pareja. *JOVENes, Revista de Estudios sobre Juventud*, 5(15), 54-73.
35. Hernández, Z. E. y Cruz, A. (2008). Conductas sexuales y de riesgo en estudiantes universitarios. *Psicología y Salud*, 18(2), 227-236.
36. Keniston, K. (1971). *Youth and dissent: the rise of a new opposition*. New York: HarcourtBraceJovanovich.
37. Levinson, D. J. (1978). *The seasons of a man's life*. New York: Ballantine.
38. López, M. A. (2011). Retos en la relación de noviazgo ante el Trastorno por Déficit de Atención con o sin Hiperactividad (TDA/TDAH) de uno de los miembros de la pareja. *Revista Psicología.com*, 15(34), 1-16.
39. Martínez, I. (2006). La identidad como problema social y sociológico. *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, 722, 811-824.
40. Marzana, D., Pérez-Acosta, A. M., Marta, E. y González, M. I. (2010). La transición a la edad adulta en Colombia: Una lectura relacional. *Avances en psicología latinoamericana*, 28(1), 99-112.
41. Massa, J. E., Pat, Y. M., Keb, R. A., Canto, M. V. y Chan, N. (2011). La definición de amor y dependencia emocional en adolescentes de Mérida, Yucatán. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 14(3), 176-193.
42. Mendoza, E. M. y Palma, T. (2004). *Comportamientos y actitudes en el noviazgo de jóvenes universitarios de la delegación Iztapalapa* (Tesis inédita de Licenciatura). México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana.
43. Mora, M. y De Oliveira, O. (2009). Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades. *Estudios Sociológicos*, 79, 267-289

44. Morales, M. y Díaz, D. (2013). Noviazgo: evolución del significado psicológico durante la adolescencia. *Uaricha*, 10(22), 20-31.
45. Mummert, G. (1993). Cambio en la formación de las familias rurales del occidente. Modificaciones profundas. *DemoS*, 6, 23-24.
46. Palacio, M. C. (2009). Los cambios y transformaciones en la familia. Una paradoja entre lo sólido y lo líquido. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 1, 46-60.
47. Rivermar, M. L. (2012). En un porvenir incierto. La transición a la adultez entre jóvenes de un municipio de la Sierra Norte de Puebla, México. *NORTEAMÉRICA*, 1, 99-124.
48. Rivera, D., Cruz, C. y Muñoz, C. (2011). Satisfacción en las relaciones de pareja en la adultez emergente: el rol del apego, la intimidad y la depresión. *Terapia Psicológica*, 29(1), 77-83.
49. Rocha, M. E. (1996). Los comportamientos amorosos en el noviazgo, 1870-1968. Historia de un proceso secular. *Historias*, 35, 119-139.
50. Rodríguez-Brioso, M. M. (2004). Las relaciones de pareja en la juventud española: entre la tradición y las preferencias individuales. *Revista de Estudios de Juventud*, 67, 71-84.
51. Romo, J. M. (2008). Estudiantes universitarios y sus relaciones de pareja. De sus experiencias y proyectos de vida. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 13(38), 801-823.
52. Rojas-Solís, J. L. (2011). Transformaciones socioculturales y aspectos de género: Algunas implicaciones para el estudio de violencia en pareja. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 14(3), 252-272.
53. Sánchez, V., Ortega, F. J., Ortega, R. y Viejo, C. M. (2008). Las relaciones sentimentales en la adolescencia: satisfacción, conflictos y violencia. *Escritos de Psicología*, 2(1), 97-109.
54. Sedikides, C., Oliver, M. B. & Campbell, W. K. (1994). Perceived benefits and costs of romantic relationships for women and men: Implications for exchange theory. *Personal Relationships*, 1(1), 5-21.
55. Serapio, A. (2006). Realidad psicosocial: La adolescencia actual y su temprano comienzo. *Revista de Estudios de Juventud*, 73, 11-23.
56. Stassen, K. y Thompson, R. A. (1997). *Psicología del desarrollo: infancia y adolescencia*. Madrid: Editorial Médica Panamericana.
57. Stern, C. (2007). Estereotipos de género, relaciones sexuales y embarazo adolescente en las vidas de jóvenes de diferentes contextos socioculturales en México. *Estudios Sociológicos*, 25(1), 105-129.
58. Straus, M. A. (2004). Prevalence of violence against dating partners by male and female university students worldwide. *Violence Against Women*, 10(7), 790-811.
59. Tanner, J. L. y Arnett, J. J. (2009). The emergence of "emerging adulthood": The new life stage between adolescence and young adulthood. En A. Furlong (Ed.), *Handbook of Youth and Young Adulthood* (pp. 39-45). London, UK: Routledge.

60. Tapia, M. (2005). Revalorando la historia, redefiniendo la pareja. *Uaricha*, 4, 47-51.
61. Valladares, J. y Crisanty, J. (2002). Conceptos de novio y amigo en jóvenes yucatecos con y sin pareja. En *Memoria del XXIX Congreso del Consejo Nacional para la Enseñanza e Investigación en Psicología*, 13-15 de abril de 2002. San Luis Potosí: CNEIP.
62. Villaseñor-Farías, M. (2005). Andar de novios. En B. Rasmussen y A. Hidalgo (Coords.), *Investigaciones en salud de adolescentes II* (pp. 213-221). Guadalajara: Instituto Mexicano del Seguro Social y Organización Panamericana de la Salud.
63. Vizzueth, A., García, M. y Guzmán, R. (2010). Expectativas sobre la relación de amigovios, free y novios en jóvenes adultos. En S. Rivera-Aragón, R. Díaz-Loving, I. Reyes-Lagunes, R. Sánchez Aragón y L. M. Cruz Martínez (Eds.), *La Psicología Social en México, Vol. 13* (pp. 223-230). México: AMEPSO y UNAM.
64. Warner, K. y Willis, S. L. (2005). *Psicología de la edad adulta y la vejez*. Madrid: Pearson-Prentice Hall.
65. Weiss, E. (2012). Los estudiantes como jóvenes. El proceso de subjetivación. *Perfiles Educativos*, 34(135), 134-148.
66. Zimmer-Gembeck, M. J. (2002). The development of romantic relationships and adaptations in the system of peer relationships. *Journal of Adolescent Health*, 31, 216-225.
67. Zimmer-Gembeck, M. J., Siebenbruner, J.& Collins, W. A. (2001). Diverse aspects of dating: associations with psychosocial functioning from early to middle adolescence. *Journal of Adolescence*, 24, 313-336.

Recibido: 31 de diciembre de 2012

Revisado: 28 de junio de 2013

Aceptado: 31 de julio de 2013